

música, convirtiéndose sus escritos en una de las mejores definiciones de la estética musical neoclásica.

Concha ROLDÁN PANADERO

RAMONEDA, J., RUBERT DE VENTOS, X., TRIAS, E.: *Conocimiento, memoria, invención*. Traducción del catalán de Batlló, J. Prólogo de Llovet, J. Muchnik Editores, Barcelona, 1982, 142 págs.

Corresponden los contenidos de este libro a las lecciones impartidas por los autores, durante el curso 1980-81, en el *Colegio de Filosofía*, cuya corta historia nos narra el prologuista. El título de ese curso, *Conocimiento, memoria, invención*, fue elegido para celebrar el segundo centenario de la publicación de la obra de Kant *Crítica de la razón pura* por entender que «la epistemología kantiana relaciona estos tres términos de una manera sintética por primera vez en la historia de la filosofía y extrae de ellos consecuencias de gran importancia para el futuro desarrollo de la filosofía» (pág. 8).

Bajo el título de «Lo bello, lo sublime y lo siniestro» Eugenio Trias lleva a cabo el desarrollo de la siguiente hipótesis: «*lo siniestro constituye la condición y el límite de lo bello*»; por lo que «*debe estar presente bajo forma de ausencia, debe estar velado*» (pág. 14). Hipótesis asentada, en opinión de Trias, en el análisis que de la categoría de lo sublime hace Kant en la *Crítica del juicio* y en el análisis e inventario de lo siniestro realizado por Freud en *Lo siniestro*: por una parte, según piensa Kant, el sentimiento de lo sublime, mediante un proceso que va de la aprehensión de algo grandioso hasta la mediación entre espíritu y naturaleza, «*une intrínsecamente un dato de la sensibilidad (océano encrespado, tromba marina, cordillera alpina, fosa del océano, tiniebla de la noche sin luna y sin estrellas, desierto crepuscular) con una idea de la razón, produciendo en el sujeto un goce moral, un punto en el cual la moralidad se hace placentera y en donde estética y ética hallan su juntura y síntesis*» (pág. 24). Por otra parte, Freud, al analizar el término *unheimlich*, escribe que «*heimlich* significa lo que es familiar, confortable, por un lado; y lo que es oculto, disimulado, por el otro. *Unheimlich* sería empleado como antónimo del primero de estos sentidos y no como contrario del segundo» (pág. 28); término que, en su opinión, recubre una serie de personas, cosas y situaciones que patentizan el origen y causa de lo siniestro: «*la realización de un deseo escondido, íntimo y prohibido*» (pág. 33), como se pone de manifiesto en *El corazón de la tiniebla* de Conrad y *El arenero* de Hoffmann. Este acercamiento a las ideas de Kant y de Freud sobre lo sublime y lo siniestro permite a Trias «*redondear y enriquecer nuestra hipótesis, perfilando lo que consideramos condición y límite de la belleza: algo siniestro, desde luego; pero que, precisamente por serlo, se nos presenta bajo rostro familiar. La obra artística traza un hiato entre la represión pura de lo siniestro y su presentación sensible y real*» (pág. 37). Lo que pasa a confirmar en su análisis de las obras de Boticelli *Alegoría de la primavera* y *El nacimiento de Venus*.

Josep Ramoneda, cuyas lecciones llevan por título «*Sentido común y sentido íntimo*», desarrolladas en su obra *El sentido íntimo*, se propone «*desbrozar las posibilidades de un pensamiento que intenta desbordar los estrechos límites*

que ha impuesto la modernidad, sin caer en la obscenidad de querer ir más allá de las fronteras de nuestra finitud» (pág. 60); para lo que se dispone a recorrer el itinerario que va desde el sentido común y el poder hasta el sentido íntimo y la suspensión de poder. El sentido común, definido, por Aristóteles «como “el modo propio de sentir los principios como evidencias”» (pág. 61), encuentra en los tiempos modernos más exacta significación y clara función: el buen sentido (Descartes), el bien común (Bentham), la voluntad general (Rousseau), ...son aproximaciones al sentido común que han servido para dar el salto de las diferencias concretas de lo singular, individual y privado al orden ponderado de lo universal, colectivo y público. Para recuperar lo individual y la subjetividad primera, opina Ramoneda, es preciso «aprovechar el espacio que Kant deja abierto entre razón práctica y razón pura» y elaborar «una filosofía del sentido íntimo» (pág. 77), que logre resolver la relación intersubjetiva por la vía de la suspensión de poder, «hipótesis de una relación de alteridad en la cual provisional y excepcionalmente este poder, que es immanente a las relaciones humanas, no ha desaparecido —equivaldría a eludir la diferencia— pero ha suspendido sus efectos» (pág. 80) para dar lugar posteriormente a un nuevo orden, ya que «la suspensión de poder es... transformadora» (pág. 88). Este sentido íntimo que viene a ser una «forma de conocimiento singular y por tanto una forma privilegiada de la experiencia del sujeto» (págs. 89-90), es contemplado por Ramoneda, J. a partir de las figuras del artista, del enamorado y del sabio, los cuales permiten hacer pensable lo individual, descubrir las diferencias, constatar la repetición desde la atalaya peculiar «del miedo, de la angustia, del vértigo... Como perspectiva para contemplar no todo en su totalidad sino todas las cosas como singulares en la plenitud de su ser» (pág. 100).

Con el título «El conocimiento como ficción» aparecen las lecciones de Xavier Rubert de Ventós, quien, sobre la base de la herencia kantiana, pretende «mostrar todo lo que la *invención* (que acostumbramos a entender volcada al futuro) tiene en definitiva de recuerdo o rememoración, lo que la *memoria* (que creemos recolectora del pasado) tiene de creación o invención, y aún lo que el *conocimiento* (que queremos neutral y verificable, explícito y objetivo) tiene siempre, a la postre, de fiduciario y fabuloso, de tácito y tendencioso» (pág. 104); convencido de que el parentesco entre conocimiento e invención es el único camino para un pensamiento adecuado a nuestro mundo. Refiriéndose exclusivamente a la ficción, parte Rubert de Ventós de la función sintetizadora de sensaciones presentes y ausentes que Kant concede a la imaginación y advierte que para Herbert, Schopenhauer o Bergson «el trabajo del conocimiento no consiste tanto en representar más o menos fielmente el mundo como en posibilitar y confortar nuestra existencia en el mismo» (pág. 108). Concepción que abrirá el camino al ficcionalismo de Vaihinger, cuyo lema «*lo falso es útil*» pone de manifiesto que la variada gama de ficciones, fábulas o errores «fértiles», creadas en y para las más diferentes actividades, «nos permiten habérmolas con las cosas, prever su comportamiento e, incluso, como sucede a menudo, llegar al lugar justo con el tren equivocado» (pág. 109). Recurso ya presente en «la doctrina central de la *Crítica de la razón pura*...: el “yo trascendental” y la “cosa en sí”; un sujeto y un objeto ficticios desde los que se explicaría lo efectivamente donado» (págs. 112-113). Lo que permite a Kant recuperar la visión de la ontología clásica puesto que, al subrayar que las «ideas montadas en el aire tienen una entidad real y que el yo que las monta es, en cambio, una entidad

ideal» (pág. 115), supera la interpretación «subjetivista» de su teoría del conocimiento como ficción y «vuelve a darnos el gusto o el aroma helénico de un mundo realmente *simbólico*, donde cada cosa es complemento, signo o prenda de los demás» (págs. 124-125). «Kant griego» que Rubert, X. basa, por un lado, en la centralidad de la intuición y el protagonismo de la imaginación en Kant, versión del principio de plasticidad del pensamiento griego: la negativa kantiana a conceder validez científica a conceptos sin intuiciones no es otra cosa que la misma convicción de Platón de «que el conocimiento ha de empezar por la repercusión en los sentidos de la realidad externa, pero que solamente se cumple cuando a esta *aisthesis* se añade la anamnesia» (pág. 129); y, por otro lado, en la concepción por Kant del conocimiento como construcción/ficción, defensa del principio griego de limitación o mesura: el reconocimiento kantiano de la virtualidad del proceso cognoscitivo viene a ser «el establecimiento, en el nuevo territorio conquistado a la subjetividad, de las lindes bien precisas que los griegos habían establecido en el suyo» (pág. 133). Este neoclasicismo presente en la gnoseología de Kant permite entender la tesis que subyace al reconocimiento del conocimiento como ficción: «es la idea de ficción la que mantiene y representa en el mundo moderno el talante clásico —que es el reconocimiento de sus propios límites, el “modelo” filosófico de toda actitud liberal» (pág. 136), reconocer «tanto la *limitación* interna y externa del pensamiento... como su potencia liberadora y sintetizadora, crítica y constructiva» (pág. 139), a la vez que apunta el destino del pensamiento contemporáneo: «tratar de reencontrar y profundizar este neoclasicismo: de entender al mismo tiempo la *autonomía funcional* del pensamiento o la sensibilidad y su *heteronomía estructural*» (pág. 140).

José A. MARTÍNEZ MARTÍNEZ

RIEDL, Rupert: *Biología del conocimiento. Los fundamentos filogenéticos de la razón*. Trad. J. P. Acordagoicoechea. Labor, Barcelona, 1983, 252 págs.

Quizá resulte ocioso recordar cómo una antigua y no dudada suposición, la de que el mundo inmutable de la naturaleza —y el de la ciencia físico-matemática en que se apoya su descripción— deben siempre contraponerse al fluido ámbito de lo histórico-cultural, ha visto desaparecer su predominio. Desde que Darwin, Friedman, Kuhn y tantos otros propusieron sus teorías, en efecto, tendemos generalmente a considerar probado —puesto que toda clase de experiencias nos lo sugieren así— que la vida, el cosmos y la propia ciencia se encuentran sometidos a esos principios de evolución y de cambio que rigen el universo histórico. La teoría del conocimiento, situándose como se sitúa en un nivel fuertemente interdisciplinario de investigación, no podía ignorar, desde luego, el alcance que tiene esta honda transformación del rumbo intelectual. Por obra de escritores como Konrad Lorenz, Jean Piaget, Donald Campbell, Manfred Eigen o Erhard Oeser, dicha rama del saber ha querido pues replantearse sus viejas y acreditadas cuestiones —la inducción, el apriorismo cognoscitivo, la verdad— en el marco conceptual recientemente proporcionado por la biología, la neurofisiología, la psicología del aprendizaje o los estudios en torno